

cabellos de su esposa. Sentada sobre sus rodillas besaba con amor sus frentes, y si alguna vez me reprendian bajaba los húmedos ojos mas humilde que la paloma. Mi corazón ardiente y tierno amó una vez, querido hermano; pero amó como los querubines, ó como el fénix, que se abrasa para renacer de sus cenizas. He visto á un monarca poderoso, y mas que poderoso cruel, querer abrumarme con el peso de una corona y de una espada; pero activa como la leona, desgarré su manto de púrpura y puse mi pié sobre el cetro.

—Y no es heroica la mujer que humilla al tirano despiadado y desprecia su aguda garra?

Así era yo en tiempos pasados; ahora yo no sé lo que soy. No tengo lágrimas que me alivien, ni una altivez noble y heroica; obro por un impulso extraño; tengo una fiebre que me reanima, y una sed de venganza hidrópica. Ved, Enrique, ¿ves ese lecho? en él estaba el rey D. Pedro, víctima de una pesadilla. Yo puse esta mano descarnada sobre su corazón de fiera, y esta mano pequeña y flaca cayó sobre su corazón como la losa de un sepulcro. Yo apresuraba sus latidos, yo hacia retroceder su sangre; yo dificultaba su aliento, y yo hubiera podido ahogarle con apretar un poco mas. ¡Qué pequeño era el rey entonces, y yo, D. Enrique qué grande! Él era el esclavo, yo la señora; yo era un Dios que podía destruirle con el movimiento de mi mano. Si hubieras escuchado sus palabras, y cómo con voz estentórea confesaba todos sus crímenes; si hubieras oído de sus labios que le acosaban noche y día cien y cien sangrientos fantasmas; que uno le llamaba "fratricida," que "parricida," le decía otro, y otros mil y mil "asesino," hubieras tenido compasión de él; pero yo no la tuve, hermano. Exalté su imaginación, debilité sus fuerzas físicas, y cuando lo creí oportuno, le mandé que huyese de tí, y huye de tí como una dueña.

—¿Por qué lo has arrancado, Inés, á mi venganza inevitable?

—Porque si hubiera permanecido en Burgos no te llamarían rey de Castilla. Los burgaleses estaban prontos á perder sus vidas y haciendas por defenderle en esta ciudad; y si hubieses de tomar, Enrique, á todos los pueblos de Castilla como á Briviesca, vendrías á reinar entre escombros, y un trono levantado sobre ruinas, con facilidad se desplomaría. ¿Quieres tomar venganza de D. Pedro? No seré yo quien te lo impida. ¿Conoces esta daga?

—Sí: era del maestro de Santiago: era de mi hermano Fadrique.

—Esta daga ceñía D. Juan la noche en que fué asesinado. Su mano robusta la dirigió sobre el corazón de D. Pedro, pero no pudo romper su punta la acerada cota de mallá. Quizá tú serás mas feliz y quedará vengada tu familia. Toma esta daga, D. Enrique; á mí me queda un relicario.

D. Enrique cogió la daga, y despues de haberla besado se la colocó en la cintura. Había gastado Doña Inés todas sus fuerzas en una escena

de tan dolorosos recuerdos, y cayó sobre su sitial con un aliento tan cortado y una palidez tan estrema, que temió el monarca por su vida. Pasó D. Enrique su brazo por la cintura de la huérfana con un cariño maternal, y contempló, de piedad lleno, aquel lirio casi marchito, que en la mañana de su vida habia perdido de repente los matices y la fragancia. Se reanimó al fin Doña Inés, y el rey la dijo:

—Hermosa hermana, ¿es posible que te abandones tan sin treguas á tu dolor, que no tengas ni la esperanza de ser feliz en algun dia?

Sonrió Doña Inés amargamente, cogió la mano del monarca, y poniéndola sobre su pecho, la dijo:

—En tanto que late el corazón hay esperanzas en el alma: yo tengo la mía, D. Enrique, y sin ella ni podría vivir, ni me sería la muerte grata. Está mi esperanza en el cielo. Allí me uniré con D. Juan.

—Y esa esperanza es tu consuelo?

—Si es tan dulce ver á los que amamos entre las miserias del mundo, ¿cuánto mas hermoso será verles entre las brillantes aureolas que despiden el trono de Dios?

—Tienes razon, hermana mia, la tierra es un ancho palenque, en el que se combate sin cesar: las coronas están en el cielo.

La huérfana y el rey D. Enrique se habian poseído poco á poco de una tristeza bienhechora, que calma mucho los dolores de las heridas de las almas. Los pensamientos de venganza se habian borrado de improviso, y no se acordaba D. Enrique de la corona que disputaba, ni la huérfana del asesino de su amante y del comendador su padre.

—¿Te vendrás á vivir conmigo? dijo D. Enrique á la huérfana.

—Déjame pensarlo, hermano mio; mas bien conviene á mi dolor la triste soledad de una celda, que el alegre bullicio de los palacios. Pero una celda no es posible mientras exista el rey D. Pedro.

—Tienes razon, hermana mia; mientras exista el rey D. Pedro no habrá seguridad en los claustros, ni podrán las vírgenes puras del Señor alzar sus plegarias al rey del cielo sin recordar al de la tierra, sin temer su cólera insana, y sus sanguinarias violencias.

—¿Cuándo te coronas, D. Enrique?

—El domingo de resurrección en Santa María de las Huelgas. ¿Asistirás, hermana mia, á esta solemne ceremonia?

—Sí: es una fiesta de familia y no debo faltar á ella.

La huérfana se levantó, tendió la mano á D. Enrique y le dijo con voz solemne:

—Hasta el domingo, rey de Castilla. Yo fui la primera en proclamarte en el consejo de Calahorra, te quiero ver con la corona y con el manto de los reyes. Hasta el domingo, rey de Castilla.

CAPITULO XVIII.

El que era nombrado rey, habia de jurar á sus subditos la observancia de las leyes y la intolerancia de toda religion, fuera de la católica; y recibia de ellos el juramento que le hacian de fidelidad y obediencia. Pasaba despues á la catedral en el primer dia de domingo, y allí le consagraba el obispo de Toledo ó de otra ciudad en que estuviere la corte, ungiéndole la cabeza con el sagrado óleo.

MASDEU.

AMANECIÓ el Domingo de Pascua, dia 5 de Abril de 1366, y todas las campanas de Burgos anunciaron con sus repiques la Resurrección del Hombre Dios y otra ceremonia solemne que debía tener lugar en las Huelgas, y consagrar á D. Enrique con el óleo que derramasen sobre su cabeza de rey.

Todo el espacio que mediaba desde la ciudad al monasterio estaba cubierto de curiosos, que desde la salida del sol habian procurado acomodarse en el paraje mas oportuno, para ver con la mayor anchura la comitiva del monarca, que á las nueve de la mañana debía dirigirse á las Huelgas. Era este convento fundación de Doña María de Molina, y se habia terminado su construcción á principios del siglo XIV. Rico en privilegios y en Estados, tenia su abadesa, que lo era siempre una dama muy principal y algunas veces una infanta, jurisdicción señorial con derecho de vida y muerte sobre el territorio y los vasallos sujetos á este monasterio.

La iglesia de Santa María es un templo bastante mediano, y al que difícilmente puede señalarse orden propio de arquitectura. Parece en su mayor parte bizantino; pero tiene algunos adornos de gusto gótico, á cuyo orden parecia natural perteneciese, si se considera la época en que se sacó de cimientos.

La madre abadesa de las Huelgas habia mandado adornar el templo con todo el lujo que podia ofrecer una comunidad opulenta. Colgaduras de seda y oro cubrian de alto á bajo los pilares de la nave mayor y capillas, festonadas con frescas flores, que deslumbraban con sus matices y embriagaban con sus perfumes. Estaba el suelo tapizado, y en mil candelabros de plata ardian mil velas, adornadas con flores de mano y con cintas: se quemaban en incensarios los más delicados perfumes, que formando una nube blanca parecia que ocultaban en ella, como ocultó la del desierto, al Dios que adoraba Israel.

Salió D. Enrique de palacio, acompañado de su esposa, de sus hermanas, de Doña Inés, de Beltrán Gúeselin, Hugo de Carbolay, el mariscal Daudrehem, Bernal de Bearne, el conde de Denia, D. Felipe de Castro, D. Lope Martinez de Luna, D. Gonzalo Mejía, Maestre nombrado de Santiago, D. Pedro Muñiz, Maestre nombrado de Calatrava, y otros muchísimos caballeros franceses é ingleses, aragoneses y castellanos.

Espléndidamente vestida iba Doña Juana Ma-

nuel, que tambien debía coronarse con su esposa. Espléndidamente vestidas las hermanas de D. Enrique, y no menos espléndidamente Doña Inés Sanchez de Avendaño, que habia dejado por un dia sus negros vestidos de luto, é iba sirviendo, como dama, á la esposa del nuevo rey. Los trajes de los caballeros ofrecian grande variedad; pues como de distintos países, cada cual vestia al uso del suyo, pero todos rivalizaban por el buen gusto y la riqueza. Marchaba el último D. Enrique lujosamente ataviado, y retratándose en su rostro toda la satisfacción de su alma, pues una corona, aunque pesada, en ciertos momentos deslumbra.

Con aclamaciones de alegría recibió el pueblo al nuevo rey, á su bella esposa y á la brillante comitiva: caminó esta con lentitud hasta llegar al monasterio, cuyas campanas anunciaron la proximidad de D. Enrique.

Estaba en la iglesia el obispo con todo el clero de la ciudad, y la municipalidad de Burgos con los vecinos mas notables por sus riquezas ó hidalguía. Tambien estaban allí las damas mas hermosas y principales, con aderezos de oro y piedras, en que reverberaban las luces de los mil candelabros del templo.

Entre las ilustres señoras, y no en paraje muy oculto, se hallaban las amigas Urraca y Blanca, acompañadas de sus madres Doña Beatriz y Berenguela. Se habian reconciliado las hijas, porque habian conocido por experiencia que los ingleses y bretones lo mismo gustaban de rubias que de graciosas pelinegras. Las madres conversaban en voz muy baja, y Doña Berenguela decía:

—Habeis visto, Doña Guiomar, qué mala ocurrencia han tenido en alojar á los caballeros en el palacio del monarca. Esta resolución ha dado al traste con tantas esperanzas risueñas. D. Hugo no ha visto á mi Urraca: se me va ya de las manos una boda que me parecia cosa hecha.

—Lo mismo digo del mariscal, respondió su vecina. En la gran cena de palacio procuré llamarle la atención; pero solo sabia el maldito, engullir excelentes manjares y desocupar sendas copas. En cambio del noble mariscal tengo alojado un capitán de compañía que corre tras de mi pobre Blanca, y dice que quiere abrazarla.

—¿Ay! vecina, replicó Doña Berenguela, vuestro alojado es capitán; pero el mio no es mas que un alférez, y hace lo mismo con Urraca.

Mucho mas hubieran durado las lamentaciones de las damas, si la presencia del monarca no hubiera llegado á interrumpirlas. Se presentó, pues D. Enrique, y los regidores y el clero se apresuraron á recibirle, é inmediatamente dió principio á la ceremonia segun el uso de los godos.

Se colocaron de una parte los ricoshomes de Castilla, los diputados, el obispo de la ciudad de Burgos y los concejales de la misma: puesto tomaron en la otra los aragoneses y extranjeros, quedando en medio D. Enrique. El obispo de Burgos, que habia sido nombrado para que toma-

se el juramento al rey, se acercó á él, y presentándole los Evangelios, le dijo:

—¿Jurais á Dios y sobre los santos Evangelios guardarnos fiel y lealmente los antiguos fueros y privilegios?

D. Enrique tendió su mano sobre el libro, y respondió:

—“Sí: Sí JURO.”

—¿Jurais gobernarlos con arreglo al antiguo uso, y como lo hicieron los primeros reyes de Castilla?

—“Sí: Sí JURO,” repitió D. Enrique.

—¿Jurais no tolerar en estos reinos otra religion que la católica, y perseguir á sangre y fuego todas las demas?

—Sí LO JURO.

—Y nosotros os juramos, rey D. Enrique, fidelidad y entera obediencia á nombre del reino de Castilla.

—Todos lo juramos, dijeron los ricoshomes castellanos, los diputados y municipales de Burgos.

—Inclinad vuestra real cabeza, rey D. Enrique de Castilla, añadió el obispo. Yo, en nombre de Dios Omnipotente y como obispo consagrado de la buena ciudad de Burgos, derramo sobre vuestra frente el óleo sagrado que os consagra. Yo fulmino los anatemas de la Iglesia é invoco las iras del cielo sobre el que agente de cualquier modo contra vuestra persona sagrada.

—Amen, respondió D. Enrique. Despues se ciñó una corona, y colocó otra sobre la frente de la hermosa Doña Juana Manuel.

Muchos caballeros y damas besaron la mano del rey; pero Doña Inés fué la primera. Acabada esta ceremonia llamó D. Enrique á Beltran y le dijo:

—Beltran Güesclín, yo D. Enrique Segundo de Castilla, te doy el condado de Trastamara, y te confirmo los demas títulos y feudos que te doné en Calahorra.

—Beltran Güesclín dobló la rodilla, é hizo pleito homenaje al monarca.

—Hugo de Carbolay, añadió el rey, te doy el condado de Carrion, para tí y para tus descendientes.

Hugo hizo lo mismo que Beltran.

—Conde de Denia, continuó diciendo D. Enrique, yo te otorgo el marquesado de Villena, que á mi amada esposa pertenece.

El conde dobló la rodilla, y como los dos anteriores hizo tambien pleito homenaje.

Continuó haciendo mercedes el nuevo monarca, y cuando llegó á Bernal de Bearne, le dijo:

—He recompensado buenos servicios de la manera que he podido; pero amigo Bernal, los tuyos has de recompensar tú mismo. Pide cuanto te plazca, Bernal, y tenlo ya por otorgado.

—Señor, le repuso el Bearnés, soy hijo de un príncipe ilustre, de Gaston Febo, conde de Foix y señor de Bearne: su generosidad me basta y no necesito mas feudos. Sin embargo, voy á pedir una joya de mas valor que cien imperios.

—Habla.

—Os pido humildemente la mano de Inés de Avendaño.

Antes que respondiese el monarca, apareció un caballero armado y con la visera calada: se paró delante del Bearnés, y dijo con voz firme y solemne:

—Antes de ser esposo de Inés, mantendréis el palenque conmigo.

PARTE TERCERA.

BATALLA DE NAJERA.

CAPITULO I.

Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

EN el palacio de Angulema festeja la hermosa princesa de Gales á los bizarros caballeros, que forman su brillante corte y los ejércitos del príncipe. Todos los capitanes ingleses de mas merecimientos y fama; todos los varones de Burdeos y de las comarcas vecinas; todas las damas mas notables por su nacimiento ó su belleza poblaban los ricos salones de aquella corte caballeresca.

Enrique, príncipe de Gales, se habia propuesto por modelo los Bernaldos y los Roldanes, y dejando su pais natal, tomó el gobierno de las ricas provincias que la Inglaterra poseia en la parte meridional de la Francia, á cuyos reyes guerreaba con próspera fortuna, arrancando hojas á las lises, para alfombrar el rojo campo en que su leopardo pisaba. Unido á una mujer hermosa y sobre manera entendida, pasaba el príncipe de la tosca tienda de campaña, á un palacio casi encantado, en el que los rudos guerreros cambiaban de vida y maneras, para rendir incienso y culto á aquella beldad siempre reina; ya se atendiese al nacimiento, ya á la belleza y discrecion.

En este palacio de Hadas tiene lugar un baile magnífico, que habia ocupado por muchos dias la atencion de las nobles damas y de los bizarros caballeros. Para armonizar con el lujo que se desplega en las estancias, era preciso recurrir á lo mas rico en pedererías y á lo mas precioso en estofas. Iluminados los salones por magníficos candelabros, se reflejaban sus claras luces sobre aderezos de diamantes, que con la rapidez del baile parecian estrellas perdidas en un cielo de tornasoles. Es cada dama mas hermosa, cada caballero mas galán; y los sacerdotes de Marte al dejar la menuda cota y la cincelada armadura quedaron enteramente descubiertos á las inflamadas saetas que les dispara el rapaz niño desde los ojos de las bellas. Los mas formidables guerreros, los que entraban á escala vista almenados castillos, y clavaban sobre las torres sus siempre

triumfantes banderas; aquellos cuyos nombres ilustres eran repetidos en las batallas como grito de victoria y guerra; los que habian empapado sus manos en la sangre de capitanes, por sus altos hechos temidos, doblan humildes las rodillas y bajan las altivas frentes ante una hermosura desdenosa, que se goza con el noble triunfo y los humilla mas y mas. Allí se deja ver la omnipotencia que ejerce en esta edad galante la mitad hermosa de la especie: edad en que los trovadores y caballeros disputan ante las damas el premio del valor y del ingenio, ya en los festivos juegos florales, y ya en los brillantes torneos. Edad de emblemas y de motes en la que viste el paladin los colores de su señora, y lidia en las justas y en las guerras por su Dios, por su rey y por su dama.

Entre tan brillante concurso destella la princesa de Gales, y su luz, como la del sol, oscurece cuantos luceros han titulado un solo instante. Es el retrato de Doña Inés, y se parece en esta época, cuanto puede parecerse una rosa marchita por los huracanes, á otra que acaba de tender sus pétalos en una mañana de Abril. Por lo demas, los mismos ojos, el mismo noble continente y hasta el mismo metal de voz. Siete años antes hubiera sido difícil distinguirlos. Hoy es la princesa la realidad y Doña Inés solo la sombra: la una es el presente y el porvenir, la otra lo pasado no mas. No se diferencian en años, se diferencian en dolor; y esta edad ficticia consume mas, cuenta las semanas como meses, y hay algunas horas tan largas, que marcan una arruga mas y arrancan algunos cabellos. Horas que cuenta el infeliz por la pulsacion de sus arterias, y es cada pulsacion una herida en lo mas sensible del alma.

¿Mas por qué discurre si hay penas, cuando nos hallamos en un baile? ¿No es mas oportuno respirar el suave perfume de las flores sin poner el dedo en la espina? Medite la pobre viuda sobre el abandonado lecho, si perdió con su tierno esposo comodidades y placer: lloren los huérfanos desgraciados ante el retrato de su padre, porque un hijo debe llorar siempre á los que le dieron el sér: llore y medite el padre honrado, que suda y trabaja asiduamente, sin que baste tanto sudor para alimentar á los hijos que le piden pan sollozando; pero nosotros que asistimos á tan magnífica funcion; nosotros que vemos el mundo por un prisma de hermosos colores; nosotros que no conocemos ni la miseria ni el dolor, debemos gozar y reir.

Bajo el dintel de una ventana hay dos jóvenes seductoras, que entrelazan sus blancas manos y juran permanecer unidas en todo el resto de la noche. No es un cariño fraternal el que les impone el juramento: tienen celos una de otra, y se imponen la esclavitud porque ninguna quede libre. Bajo el dintel de otra ventana están Chandos y Pennebroc, dándose mil seguridades y haciendo protestas de amistad, y Pennebroc y Chandos codician una ocasion de hablar al príncipe en secreto para indisponerle con el otro. Una dama de treinta años se pone enferma de repente, para

que la conduzca á su alojamiento un buen mozo de diez y ocho, muy interesante y muy tímido. ¿Con qué destreza aquella jóven de tez sonrosada y ojos negros recibe el billete perfumado que la presenta un jóven rubio al sacarla para bailar! ¿Como adulan á la princesa aquellas dos brillantes damas, que murmuran de ella en secreto, porque es mas bella y poderosa! ¿Cómo se inclinan ante el príncipe aquellos viejos senescales, que codician mas distinciones y la donacion de nuevos feudos! Los enemigos se dan la mano, las damas rivales se acarician, los cortesanos se prosternan; ¡cuánta vil pasion está encubierta bajo los brocados y el oro!

Está bien adelantada la noche: un caballero se presenta; cruza el salon con arrogancia; saluda al príncipe con nobleza, y sin detenerse un instante á recibir los parabienes de los mas ilustres personajes que con distincion le reciben, sin dignarse echar una mirada sobre mujeres tan hermosas y tan ricamente ataviadas, se dirige á la jóven princesa, que al verle venir se adelanta, y le tiende con amor su mano. El caballero se la besa, y conduciéndola á un paraje algo menos henchido de gente, la dice:

—Vengo, hermosa prima, á pedirte una gran merced, y espero encontrarte tan buena, como lo has sido siempre, para un deudo á quien honras mucho.

—Siempre soy la misma; y los recuerdos de la infancia están tan vivos en mi alma, como el día que nos separamos, tú para combatir como hidalgo, y yo para ser noble esposa del heredero de Inglaterra. ¿Pero cómo te encuentro, Bernal, en nuestra ciudad de Angulema, cuando te juzgaba en Sevilla con el conde de Trastamara?

—Hace media hora, hermosa prima, que he llegado á tu régia corte. Amigo leal de D. Enrique, he combatido como noble hasta asentarle sobre el trono; y deberes, para mí sagrados, me han hecho venir con premura á la ciudad que tú embelleces. Supe que dabas un sarao; quise hablarte esta misma noche, y apenas sacudido el polvo, vengo á pedirte la merced que te he indicado en un principio.

—Habla, Bernal. Si necesitas todas las joyas de mi adorno, para pagar á tus soldados, me despojaré de ellas al punto y las tendras sin dilacion.

—Conozco tu generosidad; pero soy rico como sabes, y aun puedo ofrecerte diamantes que enriquecerán tu tocado sin aumentar una belleza por los trovadores cantada y de los guerreros sentida. Vengo á pedirte solamente una audiencia particular....

—¿Cuándo has necesitado audiencia para presentarte en mi estancia? ¿Cuándo no ha podido Bernal....

—No la solicito para mí. La reclamo para una dama; pues si fallecieses, prima mia, todos creeriamos ver en ella tu sombra pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina. Esa dama solicita hablarte, y yo te suplico la recibas en una